



# EVOCACIONES CELESTES EN EL CANCIONERO MARIANO DE CHARCAS

ANDRÉS EICHMANN OFHRLI / ESPAÑA - BOLIVIA

## 1 INTRODUCCIÓN

Con la palabra "cielo" se designan realidades distintas, aunque relacionadas entre sí en los usos poéticos. Me propongo revisar en lo que sigue la gama de símbolos y figuras con las que se los evoca, principalmente en los poemas del *Cancionero mariano de Charcas*, cuyos textos pertenecen al último tercio del siglo XVII y al siglo XVIII<sup>1</sup>. Naturalmente, al tratarse de piezas de estética aurisacular, responden a las tradiciones literarias que arrancan muy atrás en el tiempo, que en el periodo barroco presentan un estado peculiar.

Esta revisión hace posibles algunas constataciones de interés: ante todo, a lo largo del trabajo se podrá dimensionar el alto grado de incidencia de la poesía amorosa en la religiosa. Después, hay un aspecto al que prestar especial atención en la expresión religiosa: el hecho de que, al poetizar el universo celeste, la novedad de la Encarnación provoca la paradoja de que el cielo se introduce en la tierra, lo cual abre un nuevo horizonte de motivos para la exploración ingeniosa<sup>2</sup>.

Una advertencia: creo que debemos considerar la concepción clásica y medieval del universo como una mera convención literaria en la época que nos ocupa. El caso de Carlos de Sigüenza y Góngora (en México), hombre de ciencia reconocida aún hoy, puede servirnos de orientación: porque de un lado esgrime los aportes de Copérnico, Galileo, Tycho Brahe y Kepler en su *Libra astronómica y filosófica*, y también argumenta con los datos observables gracias al telescopio; y de otro, cuando deja la pluma del astrónomo y toma la del poeta (en su *Oriental*

*planeta evangélico*), vuelve a las convenciones que remiten a la concepción tradicional del universo. No hay duda de que en América, al igual que en Europa, hubo espíritus apegados al sistema de Ptolomeo hasta después del año 1700<sup>3</sup>. Pero fuera de los votos que pudiera alcanzar uno u otro modelo, en una aproximación a composiciones poéticas no hemos de considerar convicción (científica o extracientífica) lo que no pasa de convención poética. Lo mismo ocurre con las canciones románticas actuales: cuando hablan de "corazón" a nadie se le ocurre suponer que el poeta anda descaminado en nociones de anatomía y psicología.

## 2 LOS CIELOS, EL CIELO; ÁMBITOS DE HERMOSURA

Comenzaré con una aproximación al conjunto de los cielos. Ya he hablado en otras ocasiones de la disposición de las esferas o cielos "físicos" y de su funcionalidad en piezas poéticas y teatrales de La Plata y Potosí. Recordemos solamente que a las ocho esferas del sistema pitagórico donde se sitúan los planetas y el firmamento, la Edad Media añade tres, la última de las cuales viene a ser el Empíreo o cielo sobrenatural.

Hay piezas literarias de Charcas en las que se recorren uno a uno los once cielos: es el caso de un poema memorable de Diego Dávalos y Figueroa que muestra la preeminencia de su amada Cilena sobre las diez primeras esferas<sup>4</sup>, y al llegar a la undécima declara que es el lugar apropiado para su dama:

porque vuestra belleza no es del suelo  
ni para el suelo fue tan estremada,  
sino para adornar el divo cielo<sup>5</sup>.

Es también el caso de una pieza teatral alegórica de Potosí en la que los once cielos discuten entre sí sobre el lugar que han de ocupar en una celebración mariana<sup>6</sup>. Y en una loa anónima al Santísimo Sacramento se los menciona en conjunto (“esos once cielos juntos / bajen a celebrar por puntos / de un hombre-Dios la fineza”) pero sin detenerse en ninguno en particular<sup>7</sup>.

Ahora bien, no es frecuente tener a la vista los once cielos. Por el contrario, en gran parte de las piezas poéticas del Siglo de Oro en que se habla del escenario cósmico suelen aparecer cielos identificables visualmente por sus astros, y también el Empíreo, que es la morada de Dios, de los coros angélicos y de los bienaventurados. Es raro encontrar las esferas novena y décima. En otras palabras: es frecuente la aparición del Sol, de Mercurio o de Venus (en su dimensión física y en los sentidos mitológicos anejos a sus nombres de dioses catasterizados) y en cambio es muy raro encontrarse con el Primer Móvil o con el Cristalino. Pienso que la explicación de tal ausencia está en su carácter a la vez abstracto e impersonal, que les resta plasticidad: se pasa por ellos obligadamente si el poeta se ha propuesto un completo recorrido celeste, pero rara vez en otras ocasiones. Y es que si se habla de amor humano (como ocurre en Diego Dávalos) o de los cielos, el tema de fondo es (casi siempre<sup>8</sup>) la belleza: el amor no es sino un movimiento hacia la belleza. El poema de Dávalos a su amada es un canto a su hermosura, y el poeta sigue la tradición cortés y petrarquista de la *religio amoris*. La poesía sacra tomó muchos de (si no todos) los elementos de la poesía amorosa<sup>9</sup>, para la cual el primer contacto con la belleza pasa por el sentido de la vista. Esto explicaría que los cielos noveno y décimo fueran objeto de menor interés. Hecha esta consideración, vale la pena incidir en la distinción entre los cielos y el Cielo.

- a Si el empíreo es el mundo feliz por antonomasia, los cielos físicos también gozan de felicidad, aunque en un orden inferior. La región de las esferas goza de luz, color, movimiento, danza y música en un perenne ejercicio amoroso sin contratiempos. En contraste, el mundo sublunar es el ámbito en que se produce el fenómeno de la noche, las mudanzas del aire, de temperatura, la sucesión de las estaciones del año y los ciclos dolorosos de vida y muerte.
- b Para alcanzar la felicidad (terrenal y celestial), el hombre dispone de accesos. Uno de ellos es el conoci-

miento de los cielos visibles, que proporciona sabiduría: siguiendo desarrollos del *Timeo* y de la *República* de Platón en la literatura y en el pensamiento de Occidente, el humanista León Hebreo expone en sus *Diálogos de amor* un auténtico sistema de explicación de lo humano y lo divino cuya clave está, en gran medida, en los cielos. La ciencia que encierra el conocimiento de los cielos incluye, por supuesto, la astrología, disciplina que difiere bastante de lo que se suele entender hoy por tal; si bien creo que no conviene acentuarla demasiado, porque no era más que una de las posibles áreas de indagación, integrada a las demás. Los cielos eran, en cualquier caso, fuentes de investigación: lo material y lo espiritual, lo temporal y lo eterno se encontraba *expuesto* en ellos. De ahí que encontremos en el Siglo de Oro la frecuente equivalencia cielos-libro. Los cielos son un rollo desplegado, una inmensa lámina o un cuaderno. Y el hombre está invitado a descifrar en su superficie la (dinámica) escritura de Dios, visible gracias a los astros de las siete primeras esferas, así como a las estrellas fijas de la octava. Tales luces son sus letras, su lenguaje. Escojo un ejemplo que en estas latitudes merecería ser conocido: en *El amar su propia muerte*, de Juan Espinoza Medrano, dice el rey Jabín, queriendo averiguar el significado del sueño que ha tenido:

Si aquese libro de cielos,  
si use cuaderno de globos  
que de once hojas azules  
se forma cerúleo tomo  
en cuyas planas de vidrio  
marginada[s?] de los polos  
se forman letras de plata  
y se escriben rasgos de oro [...]<sup>10</sup>

El ya mencionado Carlos de Sigüenza y Góngora designa al cielo “líquido papel de estrellas bellas”<sup>11</sup>, idea sobre la que vuelve en repetidas ocasiones. Dios es el poeta, el escritor, “el grande autor del círculo estrellado” (v. 242).

En Charcas también es figura frecuente. Citaré dos ejemplos en que la voz poética apostrofa a los cielos:

1 ¡Ah del brillante alcázar de la luz,  
lámina eterna que en doradas huellas  
cuanto dibuja el alba de esplendores  
el Sol a rayos pródigo bosqueja!<sup>12</sup>

2 Astros, que en azul volumen  
brillantes letras formáis [...]<sup>13</sup>

- c Los cielos no lo dicen todo, porque hay en la tierra, en la naturaleza, otra fuente de conocimiento (también escrita por Dios) que está en constante diálogo, por así decir, con la de los cielos. Puesto que la verdadera ciencia es ciencia de lo bello, el principal equivalente terrestre de las estrellas será el *coetus* de las flores. De ahí que a cada paso encontremos flores y estrellas en guerra, en discusión, en competencia o, simplemente, en construcciones paralelas y acciones conjuntas. El lenguaje de las estrellas es la luz, y el de las flores la fragancia y el color. José de Aguilar, en un juego de atributos cruzados, designa a Dios "agricultor de luces"<sup>14</sup>.

Voy a citar ahora un pasaje escrito a propósito de la Natividad de María, en el que puede entreverse el lenguaje de ambos tipos de seres, celestes y terrestres:

Astros bellos, con luz más refulgente,  
de esta Aurora cantad el nuevo oriente.  
En fragancias, en pompas, en primores  
salten las plantas, ríen las flores,  
publicando en su idioma primoroso  
que a su luz obediencia es todo el gozo<sup>15</sup>;  
pues viste y adorna, pues pule y esmalta  
de pompa, de fiesta, de risa, de gala,  
astros y fuentes, aves y plantas,  
¡del cielo el globo, del mundo el mapa!<sup>16</sup>

- d El cielo sobrenatural no es un lugar físico, y tal vez por exclusión se lo sitúa como oncenno cielo, con un solo límite: el inferior convexo. Pero los cielos físicos son figura de aquél y funcionan como una pista para el hombre, a quien se invita a discurrir de esta manera: si tanta belleza puede ser percibida por los sentidos en los cielos físicos, no es difícil concluir cuán incomparablemente más esplendorosa ha de ser la belleza del cielo sobrenatural.

### 3 MARÍA ILUMINA LOS CIELOS

Como ya dije, la poesía sacra se inspira en buena medida en la *religio amoris*. Siguiendo sus convenciones, Diego Dávalos ve en su amada Cilena "una criatura de luz, irradiando su incomparable diafanidad entre las estrellas"<sup>17</sup>; de su dama recibe la luz el mismo sol, y por ello cuanto hay de inferior y superior hasta el mismo Cristalino es iluminado por ella. Pues bien, la misma idea se aplica a María en nuestro *Cancionero*.

Como la Cilena de Dávalos, María irradia luz y provee de belleza a las esferas: es "luz del cielo"<sup>18</sup>, "del cielo la

gala"<sup>19</sup>, "gloria del cielo"<sup>20</sup>, "punto centro del cielo"<sup>21</sup>, en *Altos Olímpos*, ella "pisa brillante orbes amenos / mendigando sus luces todos los cielos". Se le dice que es "más bella que el cielo, / pues de vos aprende / a lucir hoy Febo"<sup>22</sup>; también se afirma que "de su luz, cuando raya, / el sol, estrellas y luna / y aun los más pulidos astros / aprenden luz y hermosura"<sup>23</sup>.

Las voces poéticas atribuyen habitualmente a los cielos una actitud de admiración amante hacia María: a ella "los cielos aclaman / por reina tan elegante / que la luz de su pureza / les viste de esmalte"<sup>24</sup>. La celebran, pregonan su belleza, le hacen la salva, la adoran, la aplauden, etc.<sup>25</sup>. Pero también ocurre alguna vez que sienten envidia, como en la estrofa que citaré a continuación; pertenece a un poema-retrato que, siguiendo los cánones de la *descriptio puellae* petrarquista (que también se nutre del *Cantar de los Cantares*), comienza en los cabellos, sigue con la frente, los ojos... y probablemente podríamos ver el resto si el poema nos hubiera llegado completo.

Su pelo al firmamento  
excita quejas  
pues en lucidos triunfos  
con él se estrella<sup>26</sup>.  
Mírenla todos:  
ceñida de estrellas  
va su cabeza<sup>27</sup>.

El lector reconocerá aquí un tópico omnipresente de la poesía amatoria. Los cabellos suscitan envidia al sol en multitud de poemas. Traigo aquí un ejemplo de interés por ser poco conocido, del Príncipe de Esquilache:

Niña, tus cabellos son  
los que con igual herida  
a mí me matan de amor  
cuando al sol maran de envidia<sup>28</sup>.

En otro, la risa de María "da alegría a los abriles / y a las estrellas envidia"<sup>29</sup>. También hay uno en el que su belleza despierta distintos sentimientos:

[...] el alba le hace la salva,  
los cielos la codician,  
al sol aumenta celos,  
la luna tiene envidia<sup>30</sup>.

La visión joánica del *Apocalipsis*, en la que se describe la aparición en el cielo de una mujer vestida de sol, con la luna a sus pies y coronada de estrellas, es objeto de numerosas exploraciones poéticas que desbordan la limitación de estas páginas.

#### 4 EL CIELO EN LA TIERRA

La tensión del cielo hacia la tierra es acaso uno de los motivos favoritos de gran número de poetas cristianos. Coinciden muchos de ellos en señalar una auténtica sorpresa: el hecho de que, al encarnarse Dios y asumir la condición humana, está en la tierra Dios mismo y, con él, el Empíreo. Esto se expresa con figuras muy variadas, de las que aquí me interesan las relacionadas con María. Ante todo, la idea de que María misma es, ya antes de la Anunciación, un cielo codiciado por Dios más que el propio Empíreo. Ella ha sido el imán (imagen tópica que arranca en la poesía provenzal) que lo atrajo, como encendido amante, a la tierra: es "del Sol de justicia imán"<sup>31</sup>. Su belleza ha seducido a Dios mismo:

Nadie se admire  
que a Dios le tire<sup>32</sup>  
más noble cielo,  
más claro y capaz<sup>33</sup>,  
si son estrellas  
virtudes bellas  
que a Dios le hicieron  
mortal de inmortal.

Dios empeñado,  
[...]  
te hizo tan bella  
que en ti a buscar  
bajó del cielo  
y halló consuelo,  
hecho el palacio  
donde descansar<sup>34</sup>.

Al aceptar la propuesta amorosa de Dios, María es asiento de la Trinidad, "trono de Dios soberano" y "archivo de todo bien"<sup>35</sup>; en ella "el cielo habitó"<sup>36</sup>; ella es "el monte de gracia / pues que hizo asiento / Dios en sus alturas / mostrándose Verbo"<sup>37</sup>.

Hay otra exploración frecuente en relación con María y el "descenso" del cielo a la tierra: María es designada metafóricamente con los seres más excelentes de los ámbitos celestes y terrestres: es "estrella del cielo / y flor de la tierra"<sup>38</sup>; "del cielo estrella / y del prado rosa"<sup>39</sup>, es "luz del cielo y del campo honor"<sup>40</sup>. Pero también se presentan traspuestos los seres de los respectivos ámbitos terrenos y celestes, y también dichos ámbitos, mediante juegos de ingenio: María es "del jardín del cielo / vistosa azucena"<sup>41</sup>, "rosa del jardín del cielo"<sup>42</sup>, "del cielo y tierra vergel"<sup>43</sup>, "floresta del cielo"<sup>44</sup>, etc.

Entre los poemas que desarrollan de manera exquisita las combinaciones de cielo y tierra se encuentra ¡Ah del

*brillante alcázar*...!<sup>45</sup>, pieza dedicada a la Natividad. Después de un apóstrofe al edificio cósmico, la voz poética le anuncia (al universo) el nacimiento de María, a quien designa "astro refulgente", délfico, cuya luminosidad es tal que "los párpados celestes pestañean". Notable metonimia por la que se presentan en prosopopeya, deslumbrados, los astros, o también los dioses catasterizados. Pero en los versos siguientes ya no se sabe si el astro al que se refirió al principio es estrella o rosa, ni tampoco si su lugar es el campo o el cielo, porque se han traspuesto los atributos respectivos, en condensación de metáforas paradójicas. Para una lectura apropiada habrá de tenerse en cuenta que con "Olimpo" no se designa un monte de la tierra sino la morada de los dioses, por tanto los cielos físicos.

En el *campo celeste* que hoy influye  
cuanto en el *verde cielo*<sup>46</sup> que hoy anima  
luciente inundación,  
brota<sup>47</sup> una Rosa, fragante exhalación;  
brota una Estrella, que a su grandeza  
si es la tierra un Olimpo de flores  
es el cielo un pensil de planetas.  
Pues, en pródigas, cándidas luces  
el esférico círculo prenda;  
pues en fúlgidas, ínclitas plantas  
el olímpico<sup>48</sup> ámbito teja  
cielos y montes, astros y troncos  
rayos, matices, soles y flores<sup>49</sup>  
y azucenas, y en compasadas vueltas  
giren los orbes al tono<sup>50</sup> de las esferas.

El último verso alude a otro motivo muy recurrido, el de la música celeste, en el que no me es dado detenerme aquí.

#### 5 MARÍA COMO ESFERA (CIELO VISIBLE)

Las esferas de los cielos físicos, si son figura (como vimos) del cielo sobrenatural, también lo son de María. Por eso encontramos veintinueve poemas en que es designada como estrella, fuera de otros once en que se la designa estrella del Norte (la más fija, que señalaba el rumbo a los navegantes), y otras tres en que es la estrella de la profecía de Balaam.

María también es "planeta". Una expresión que hoy podría causar extrañeza pero que cabe en este marco es la que designa a María como "flamígero globo"<sup>51</sup>. Supone la consideración de la esfera como la forma perfecta, la de los cielos y de sus habitantes: los astros y estrellas.

Es figurada en muchos casos como alguna de las esferas físicas concretas: he registrado al menos veinte ocurrencias

en que María es luna; otras quince en que María es el sol y unas seis en que es Venus (designada con ese nombre o con el de Lucero). El tratamiento poético en muchos de estos casos supone la consideración de los cuatro sentidos de interpretación de los relatos mitológicos que atañen a los astros-dioses, de lo cual me he ocupado en otras ocasiones.

Figurada como Aurora, es frecuente verla combatida por el mal, los poderes de las tinieblas y el demonio. Pero ocurre que la sombra no puede hacer nada efectivo para pugnar contra la luz, y basta que la Aurora asome para que la Sombra tenga que refugiarse en los escondrijos de las grutas y del mundo subterráneo. Llama la atención el hecho de que el demonio y las fuerzas malignas son tratadas regularmente con mofa en los poemas marianos, tal como hice notar en otra ocasión.

Para abordar de manera más completa esta dimensión habría que dedicar un espacio a la influencia que, como todo cielo ptolemaico, María ejerce sobre la tierra, pero no tengo espacio para ello por ahora<sup>52</sup>.

## 6 FINAL

En el Libro tercero de los *Diálogos de amor*, Sofía hace una suerte de profesión de fe en la belleza, de la que tomo la siguiente afirmación: "conozco que la suma hermosura es la primera sabiduría, y ésta, comunicada en todo el universo y en cada una de sus partes, las hace hermosas"<sup>53</sup>.

Más adelante, en el mismo diálogo, Filón explica que la unión amorosa del universo con la suma hermosura es el acto supremo: "la delectación que hay en él, que es el propio fin del amor, es mayor sin proporción y más inmensa y la suma de todos los deleites de las cosas criadas. Y [...] no es otra cosa la delectación del amante sino la unión suya con la hermosura amada"<sup>54</sup>. No hace falta demasiada perspicacia para encontrar semejanzas entre estas expresiones y las que encontramos en los autores místicos, desde San Gregorio de Nisa hasta los más destacados del Siglo de Oro. También con los poemas marianos y, como ya dije repetidas veces, con la poesía amorosa.

Estos materiales, según entiendo, obligan a matizar uno de los axiomas desde los que se construyen algunas aproximaciones al pasado en materia religiosa. Por más que he buscado, no pude encontrar casi ninguna expresión amenazante en los muchos cientos de poemas que llevo editados o solamente transcritos<sup>55</sup>. Lo mismo se puede decir de la obra de poetas conocidos como Lope de Vega o Alonso de Bonilla. El demonio y el infierno tienen una presencia modesta, casi diría residual, cuando no son objeto de burla y de chiste. Da la impresión de que muchos artistas y poetas prefirieron dejarse persuadir o seducir por la belleza para acoger en su intimidad el mensaje cristiano. Su conciencia de ser pecadores no los apartaba de la contemplación amorosa. Esto se verifica con notable claridad en su relación, tanto poética como afectiva, con María, ya que ella es quien, según dice uno de ellos, "a Dios nos amansas"<sup>56</sup>.

## NOTAS

- 1 Las piezas se conservan manuscritas en la colección musical del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (en adelante ABNB).
- 2 La paradoja ya es objeto de atención y de creaciones estéticas en tiempos patrísticos. Acaso sea algo exclusivo del ámbito cristiano.
- 3 José de Aguilar SJ, que en materia de Lógica se había adelantado a los postulados de Husserl, en astronomía continuaba manteniendo (en obras publicadas después de 1700) el sistema ptolemaico.
- 4 Antes de su recorrido celeste compara a Cilena con los cuatro elementos del mundo sublunar.
- 5 *Miscelánea austral*, Coloquio XXXVIII, versos 148-150.
- 6 Coloquio... Ver Eichmann, ... y Arellano-Eichmann, 2005.
- 7 Lo que se conserva es un fragmento de texto puesto en música. Se encuentra en la colección musical del ABNB, ítem 355.
- 8 Saturno (infortuna maior) y Marte (infortuna minor) suelen ser objeto de consideración negativa.
- 9 Claro que no se limita a ellos.
- 10 Jornada segunda, versos 426-433 (cito la versión del espacio Cervantes Virtual).
- 11 *Oriental planeta evangélico*, Verso 231. Utilizo la edición de Antonio Lorente Medina, 2008.

- 12 ABNB, Música, 29; en Eichmann, 2009, n. 73.
- 13 ABNB, Música, 110; en Eichmann, 2009, n. 83.
- 14 José de Aguilar, *Sermones varios*, t. VIII, Sermón XIX, p. 361b.
- 15 'A la luz de la Aurora (María) los seres celestes y terrestres encuentran todo el gozo en la obediencia'. Obediencia que consiste en publicar las alegres acciones que realiza la Aurora en ellos, enunciadas en el verso siguiente. Nótese la riqueza de correlaciones de verbos, locuciones adverbiales, sustantivos e hipérbatos en construcciones paralelas de sustantivo con genitivo; esto precisamente en un verso magistral, el último, que remata en expresiones abarcales las enumeraciones parciales del anterior.
- 16 ABNB, Música, 213; en Eichmann, 2009, n. 89. He resaltado los verbos y complementos que corresponden primero a los astros y después a las flores.
- 17 Colombi, 2003, p. 107.
- 18 Por ejemplo en ABNB, Música, 596; en Eichmann, 2009, n. 106.
- 19 ABNB, Música, 726; en Eichmann, 2009, n. 14.
- 20 ABNB, Música, 843; en Eichmann, 2009, n. 166.
- 21 ABNB, Música, 1206; en Eichmann, 2009, n. 25.
- 22 ABNB, Música, 37; en Eichmann, 2009, n. 75.

- 23 ABNB, Música, ítems 529-621-860; en Eichmann, 2009, n. 107.
- 24 ABNB, Música, 44; en Eichmann, 2009, n. 153.
- 25 Respectivamente en Eichmann, 2009, núms. 35, 149, 53, 136, 149.
- 26 Es decir, 'los lucidos triunfos del pelo de María derriban la belleza del firmamento'. Nótese el juego paronímico: estrella, verbo en tercera persona y sustantivo, dos versos más adelante.
- 27 La corona de estrellas es atributo de la Mujer de *Apocalipsis*, 12, 1. ABNB, Música, 602; en Eichmann, 2009, n. 202.
- 28 He escogido un ejemplo que también es musical, como los del *Cancionero mariano de Charcas*. Se trata de "Sueñas sin orden las trenzas", en *Libro de tonos humanos*, ff. 118v-119, transcrito por A. Vera e interpretado en el CD musical *Pajarillo que al alba; Cancionero musical del Príncipe de Esquilache*, Estudio Musicantigua, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile - Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2003.
- 29 ABNB, Música, 222; en Eichmann, 2009, n. 90.
- 30 ABNB, Música, 297; en Eichmann, 2009, n. 116.
- 31 Ver por ejemplo Eichmann, núm. 22, cuarta copla (ABNB, Música, 993). Colombí (2003, pp. 273 y ss.) ofrece un estudio exquisito de Luis de Ribera que explora este mismo tópico en un soneto mariano.
- 32 Tirar, "metafóricamente vale atraer, inclinando la voluntad por alguna especial razón de cariño, o aceptación, preferencia, estimación (*Aut.*)".
- 33 Ramos Gavilán: "San Damasceno dice de la Virgen que es un cielo más capaz que el mismo cielo, de más beldad y de mayor hermosura" (*Historia*, 3, Segundo Día).
- 34 ABNB, Música, 362; en Eichmann, 2009, n. 95.
- 35 Ambos son versos de la cuarta copla de *Como entre espinas la rosa*, ABNB, Música, 191; en Eichmann, 2009, n. 3.
- 36 ABNB, Música, 227; en Eichmann, 2009, n. 7.
- 37 ABNB, Música, 93; en Eichmann, 2009, n. 218.
- 38 ABNB, Música, 114; en Eichmann, 2009, n. 28.
- 39 ABNB, Música, 223; en Eichmann, 2009, n. 41.
- 40 ABNB, Música, 363; en Eichmann, 2009, Apéndice: Fragmentos y bocetos, núm. 7.
- 41 ABNB, Música, 155-156; en Eichmann, 2009, n. 181.
- 42 ABNB, Música, 220; en Eichmann, 2009, n. 39.
- 43 ABNB, Música, 1078; en Eichmann, 2009, n. 70.
- 44 ABNB, Música, 374; en Eichmann, 2009, n. 10.
- 45 ABNB, Música, 29; en Eichmann, 2009, n. 73.
- 46 Trasposición de atributos ("campo celeste" y "verde cielo") consecuencia de lo dicho en relación con las flores y los astros o estrellas. Sobre este motivo los siguientes versos continúan la exploración con juegos ingeniosos.
- 47 El papel de Alto dice "brotaba"; enmiendo de acuerdo con los demás papeles.
- 48 Olimpo, en la partícula del Alto.
- 49 Esta enumeración se ejecuta en un contrapunto tal que es difícil tomar la decisión por la colocación exacta de cada palabra; observa Carlos Scoane, con quien he intentado fijar el orden, que el amanuense cometió varios errores en cuentas de silencios, en los dos juegos de papeles del mismo ítem, y que tal vez por eso en la portada se dice que no se cantó. En la trova la enumeración sigue un esquema más definido: "cielos y montes, ríos, marices, / astros y troncos, azucenas y soles".
- 50 En varios de los papeles de ambos juegos aparece torno por torno; ambas posibilidades son plausibles..
- 51 ABNB, Música, ítems 1040 y 1263; en Eichmann, 2009, n. 170. También aparece la figura del globo para designar a un santo: "de caridad luciente globo" es san Pedro Nolasco (ABNB, Música, 963).
- 52 En ocasiones la influencia viene ligada a otro motivo petrarquista: la presencia de la bella hace florecer el suelo que pisa, el prado se llena de luz con su presencia, etc. En relación con este tópico también se encuentran algunas ocurrencias en que se designa a María como Gracia, es decir, una de las "divinidades de la belleza, y tal vez, en su origen, potencias de la vegetación [que] esparcen la alegría en los corazones humanos, e incluso en el de los dioses" (Grimal). Gracia en diálogo con la gracia divina, y también con la gracia humana, corporal y espiritual.
- 53 León Hebreo, *Diálogos de amor*, ed. 1985, p. 245a-b.
- 54 León Hebreo, *Diálogos de amor*, ed. 1985, p. 269a.
- 55 Con esto no niego que en otros materiales podamos encontrarlos, como se puede ver en otras ponencias de este mismo Encuentro.
- 56 ABNB, Música, ítems 40 y 1031; en Eichmann, 2009, n. 152.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, José de, *Sermones varios panegíricos morales... Tomo octavo*, Madrid, Alonso Balvás, 1731.
- ARELLANO, I. - A. Eichmann, *Entremeses, laas y coloquios de Potosí (Convento de Santa Teresa)*, Madrid / Frankfurt, Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vervuert, 2005.
- COLOMBÍ MONGUIÓ, A. de, *Del exe antiguo a nuestro nuevo polo; una década de lírica virreinal (Charcas 1602-1612)*, Michigan, Cushing Malloy, 2003.
- DÁVALOS Y FIGUEROA, Diego, *Primera parte de la Miscelánea Austral de [...] en varios coloquios. Interlocutores, Delio y Cilena. Con la Defensa de Damas*, Lima, Antonio Ricardo, 1602-3.
- EICHMANN, "El Coloquio de los Once cielos, una obra de teatro breve del Monasterio de Santa Teresa de Potosí", en *Historia y Cultura*, n. 28-29, La Paz, Sociedad Boliviana de Historia, 2003, pp. 95-132.
- ESPINOSA MEDRANO, Juan de, *El amar su propia muerte*, versión digital en el espacio Cervantes Virtual.
- GARCÍA PONCE, C., "El más allá cristiano en la iconografía novohispana", en *Doctrina y diversión en la cultura española y novohispana*, I. Arellano y R. Ann Rice eds., Madrid / Frankfurt, Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vervuert, 2009.
- GRIMAL, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, 1994.
- LEÓN HEBREO (Judas Abarbanel), *Diálogos de Amor*, traducción de Garcilaso de la Vega, el Inca (1589), México, ed. Porrúa, 1985.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Oriental planeta evangélico*, ed. A. Lorente Medina, Madrid / Frankfurt, Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vervuert, 2008.